

LA PRIMERA PERSONA DEL PLURAL*

Roger Scruton

Gran parte de la literatura reciente sobre el tema de las nacionalidades conlleva implícita una crítica al nacionalismo como ideología y a la nación resultante de ella. No obstante ello —señala Roger Scruton en este ensayo—, el sentido de afiliación ha sobrevivido al mundo moderno, y la nación, en variadas formas, sigue siendo su mejor expresión. Es más, todo orden político se sustenta necesariamente en la experiencia y afirmación no-política de la “primera persona del plural”.

Pero, por otro lado, si no hay un “nosotros” sin un “ellos”, ¿cómo puede evitarse la rivalidad que conduce a la guerra? La posibilidad de enemistad y fragmentación está contenida en la base misma de la existencia política. El problema estriba, por tanto, en cómo las diversas naciones pueden llegar a mantener suficiente adhesión interna y soberanía territorial y, al mismo tiempo, vivir unas al lado

ROGER SCRUTON. Ph. D. en Filosofía, Jesus College, Universidad de Cambridge. Ha sido profesor en la Universidad de Bordeaux; en Peterhouse, Cambridge; director de Estudios de Filosofía en Christ College, Cambridge, y en Birkbeck College, Universidad de Londres; y profesor visitante, entre otras universidades, en Princeton (1979) y en la Institución Hoover, Stanford (1986). Fundador y editor de *The Salisbury Review*. Actualmente es profesor en la Universidad de Boston.

* “The First Person Plural”, publicado originalmente en *The Worth of Nations*, Claudio Véliz, editor (Boston, Melbourne: The University Professors of Boston University, 1993). Traducido por el Centro de Estudios Públicos con la debida autorización.

El autor agradece los comentarios de Charles Griswold a una versión anterior de este trabajo.

Estudios Públicos, 56 (primavera 1994).

de las otras sin recurrir al uso de la fuerza para resolver sus controversias. Quizás la solución de este dilema esté, sugiere el autor, en la creación de un poder metropolitano que asegure el imperio del derecho. La solución, en otras palabras, apuntaría hacia el imperio en alguna de sus formas: “en la forma en que los romanos o los ingleses creyeron administrarlo, y en la forma en que la monarquía dual de los Habsburgo administró Europa central”.

El orden político, sostengo en este ensayo, depende de la existencia de una comunidad que se identifica a sí misma como “nosotros”. Dado que no hay un “nosotros” sin un “ellos”, la posibilidad de enemistad y fragmentación está contenida en el fundamento mismo de la existencia política. Esto no implica, sin embargo, que todas las comunidades sean igualmente amenazantes para sus vecinos, o que no haya modo de lograr, a través de negociaciones y concesiones mutuas, las fronteras estables y el sentido de afiliación* que las sociedades del pasado han alcanzado, casi siempre, por medio de la guerra.

Una revisión de las publicaciones más recientes sobre las naciones y el nacionalismo —y especialmente de la literatura producida por aquellas que, ya sean izquierdistas o liberales, han fustigado la idea nacional— sugiere el siguiente consenso amplio:

a) Las naciones son fenómenos comparativamente recientes, que tal vez surgieron con la Ilustración, o como consecuencia de la revolución industrial, o (más plausiblemente) con la diseminación de la palabra escrita a través de lo que Benedict Anderson llama “capitalismo de prensa”.¹

b) Las naciones no son las comunidades “naturales” que suponen las variadas doctrinas y teorías del nacionalismo, sino tanto las creaturas como las creadoras de los Estados asociados a ellas. En ocasiones, la “nación” es creada por una administración colonial, con su arbitraria división de los despojos del comercio imperial; en ocasiones, es creada por un idioma o una religión; pero la lengua común y la religión común pueden ser ellas mismas resultado de la conveniencia administrativa, al igual que la nación supuestamente venerada a través de ellas. En palabras de Gellner (citadas con aprobación por Eric Hobsbawm): “Las naciones, como forma

* La expresión “membership” ha sido traducida aquí y más adelante como “afiliación”.

¹ Benedict Anderson, *Imagined Communities*, 2a ed. (Londres: Verso, 1991).

natural dada por Dios para clasificar a los hombres, como un destino político inherente aunque largamente pospuesto, son un mito; el nacionalismo, que en ocasiones toma culturas preexistentes y las convierte en naciones, en ocasiones las inventa y muchas veces arrasa culturas preexistentes: *esa es la realidad*".²

c) El nacionalismo es, por lo tanto, la *ideología* del Estado moderno: el conjunto de doctrinas y creencias que bendice este peculiar arreglo local y legitima las nuevas formas de gobierno y administración que han emergido en el mundo moderno. Ernest Gellner incluso llega al punto de describir al nacionalismo como una filosofía del libro: el instrumento mediante el cual los nuevos burócratas trataron de legitimar su dominio en la Europa de la posIlustración, declarando una identidad entre los pueblos y los intelectuales letrados, que serían los únicos competentes para gobernarlos. El nacionalismo, que intenta forjar una historia sagrada a partir del hecho mismo de la lengua, privilegia la escritura por sobre el lenguaje hablado y el idioma oficial por sobre el dialecto local —puesto que es en el idioma oficial que la nación puede vivir como un todo—. Es la mejor ideología para persuadir al hombre común que debe su lealtad a educados y anónimos burócratas en lejanas ciudades, antes que al aristócrata local cuyo poder se desvaneció para siempre debido al proceso industrial.

d) Las naciones son "comunidades imaginadas", para evocar la memorable frase de Benedict Anderson.³ Es decir, son comunidades que surgen en parte de una representación de ellas mismas, y que incluyen a miembros que nunca se conocen y que no tienen nada en común aparte de su afiliación y el destino compartido que ello implica.

Yo digo que esos puntos de vista expresan un amplio consenso entre los escépticos; pero no han sido sólo los escritores liberales y filoizquierdistas quienes los han defendido. La teoría de que la nación es una creación del Estado moderno, y no viceversa, fue formulada por vez primera, si no me equivoco, por Lord Acton;⁴ la teoría de la nación como invención moderna y del nacionalismo como ideología funcional, diseñada para legitimar el

² Ernest Gellner, *Nations and Nationalism* (Oxford: Basil Blackwell, 1983). Eric Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990).

³ Benedict Anderson, *Imagined Communities*, *op. cit.*

⁴ John Emerich Edward Dalberg-Acton, "Nationality", en *The History of Freedom and other Essays*, ed. J. N. Figgis y R. V. Lawrence (Londres: MacMillan, 1907), pp. 273-274.

poder posimperial, ha sido defendida por Elie Kedourie y Kenneth Minogue,⁵ ambos pensadores conservadores. Y yo he defendido la idea de nación como una comunidad fundada en el propio concepto que ésta tiene de sí misma, aunque sin el beneficio de los bellos ejemplos descritos por Benedict Anderson.⁶ De modo que tal vez esté comenzando a emerger entre gentes de todas las corrientes políticas una idea comúnmente aceptada de la entidad nacional. De acuerdo con esa idea, la nación es una forma peculiarmente moderna de comunidad, cuyo surgimiento es inseparable de la cultura de la palabra escrita. Desde luego que el mundo “moderno” es una idea amorfa, y muchas de las características que se adscriben a la nacionalidad pueden ser halladas, en estado embrionario por lo menos, en la literatura de Grecia y Roma. (También acude a mi mente *The Battle of Maldon*: ¿Qué es eso, sino literatura *nacional*?) Pero es ciertamente indiscutible que al analizar *hoy* la nación, así como las ideas por medio de las cuales es descrita, condenada o defendida, nos referimos a un ordenamiento que es inconcebible sin el proceso de la historia moderna.

La mayor parte de la literatura reciente no sólo conlleva una crítica implícita del nacionalismo en cuanto ideología, sino también de la idea nacional a través de la cual se forma la comunidad imaginada, de la nación que resulta de ella y del Estado nacional como forma de orden político. Debemos preguntar, por tanto, *qué hace* la nación por sus miembros: qué beneficios emocionales, morales, sociales y políticos les confiere supuestamente; si acaso necesitan esos beneficios y si acaso podrían obtenerlos de otra fuente. Y si la nación —como sugieren sus críticos— es la fuente de tanta violencia, odio y desconfianza, deberíamos preguntar si tal vez ella puede existir también sin la violencia, el odio y la desconfianza, o si tal vez estas últimas pueden ser gradualmente moderadas y sometidas a alguna cura legal o administrativa.

Ninguno de estos asuntos puede ser explorado, a mi juicio, si no entendemos el tema del cual me ocupo aquí: el “nosotros” de la afiliación. He llamado a esto la primera persona del plural a fin de realzar su estrecha vinculación con esas formas de asociación —lengua, parentesco, religión y ocupación de tierras— a través de las cuales las personas se tornan conscientes de la distinción entre “nosotros” y “ellos”. Cuando se argumenta que las naciones son comunidades artificiales, debe recordarse que hay dos

⁵ Elie Kedourie, *Nationalism* (Londres: Hutchinson, 1960); Kenneth Minogue, *Nationalism* (Londres: B. T. Batsford, 1967).

⁶ Roger Scruton, “In Defence of the Nation”, en *The Philosopher on Dover Beach* (Manchester, Inglaterra: Carcanet, 1990) pp. 299-329.

tipos de artificios sociales: aquellos que son el objeto de una decisión —como cuando la gente se une en una sociedad— y aquellos que surgen “de una mano invisible” y como resultado de decisiones que en modo alguno lo buscan. Y sospecho que cuando las personas rehúyen la sugerencia de que la nación en *cuanto tal* es una comunidad artificial, ello se debe a que reconocen que a lo menos algunas naciones surgen espontáneamente, como lo hiciera Inglaterra, y que sólo *algunas* naciones son el resultado directo del propósito de crearlas. Tal vez las naciones poscoloniales y posimperiales son generadas por decreto, aunque esto sería apasionadamente discutido, imagino, por casi todos los habitantes del ex imperio soviético. Y aun cuando *hay* una decisión consciente, la nación que emerge pocas veces será la entidad buscada, sino que su forma le será dada por la misma mano invisible que ha obedecido a la “astucia de la razón” desde tiempos inmemoriales. Esto vale obviamente para la más grande de las naciones artificiales del mundo: los Estados Unidos de Norteamérica, que no son en modo alguno la entidad proyectada por los padres de la patria. Resulta interesante que entre las naciones del mundo moderno sea Estados Unidos el que posea la personalidad más vívida y la mayor capacidad para inspirar amor y odio entre aquellos que le salen a su encuentro. Pero, ¿es el *Estado* norteamericano o la *nación* norteamericana el verdadero objeto de ese amor y de ese odio, así como el verdadero portador de su personalidad?

El ejemplo ilustra lo que prevalece en la mente de quienes creen que las naciones son artificios, es decir, que resultan de la organización política; y esta organización política es definidamente moderna en su carácter, encierra formas impersonales y seculares de administración que sólo requieren que los súbditos se registren en el libro de ciudadanos. *Lo que* resulta de las decisiones políticas relevantes puede ser, por supuesto, muy diferente de lo que éstas perseguían; y la rica mezcla de historia y de comunidad que se produce cuando las personas son amalgamadas en el crisol de un Estado moderno es, con seguridad, nada que hubiera *podido* siquiera ser ambicionado por aquellos cuyas acciones fueron la primera causa de su existencia.

Entendida de este modo, una nación podría ser contrastada con otras dos formas de continuidad: con el grupo tribal o de parentesco y con lo que Spengler llamó la “comunidad de credo”.⁷ La primera a menudo es descrita como “natural”, significando con ello que surge espontáneamente y nunca

⁷ Oswald Spengler, *The Decline of the West* (2 vols), vol. 2, sobre la cultura magiar, traducción de Charles Francis Atkinson (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1926-1928), pp. 233-261.

es fruto de una decisión; y ciertamente no de una decisión política. Los miembros de una tribu están vinculados entre sí por el matrimonio o el parentesco y la primera persona del plural es coextensiva con el sentido de parentesco. Podría sugerirse que las tribus se distinguen de las naciones no sólo por lo estrecho de los lazos entre sus miembros, sino también porque los integrantes de una tribu se conocen personalmente. Pero esto sería demasiado simple, por dos razones. Primero, las tribus pueden crecer y adoptar una estructura cuasipolítica a medida que sus miembros se alejan hacia territorio extranjero o pierden contacto con la comunidad ancestral. (Considérese el caso ejemplar de los judíos.) Segundo, la mayoría de los miembros de la tribu están muertos o aún no han nacido, y *sin embargo son tan miembros* como aquellos que están vivos en ese momento. Es ese precisamente el significado de las relaciones de parentesco: que usted y yo descendemos de una fuente común y debemos nuestra afiliación al hecho que nuestro antepasado común continúa siendo también miembro. En todas las ceremonias tribales relativas a la afiliación —matrimonios, funerales, nacimientos, iniciaciones— participan también los muertos, quienes a su vez son los guardianes de los que aún no han nacido. Y el consuelo de la afiliación reside precisamente en esa unión con las generaciones ausentes, a través de la cual se mitiga el temor a la muerte y el individuo recibe la sanción suprema de existir como miembro del organismo eterno.

La comunidad de credo mana naturalmente de la tribu, así como la religión mana naturalmente de los conceptos tribales de afiliación. A través de las ceremonias de afiliación, donde los muertos dan testimonio de nuestra necesidad de ellos, es que los dioses entran al mundo. Cada invocación a los muertos es una transición hacia lo supranatural; y sea lo que fuere que adoren los pueblos, está situado en la esfera supranatural; lo que no quiere decir que esté “fuera” de la naturaleza o que sea inaccesible de cualquier modo. Por el contrario, los dioses les son a los tribebños tan reales y tan cercanos como los espíritus de sus ancestros y pueden ser representados en forma tangible. Pero también ello es señal de su carácter supranatural; porque sólo lo que es supranatural puede ser *idéntico* con su propia representación, así como el dios es idéntico al ídolo que existe en cientos de réplicas. (Esto debieran tenerlo presente quienes advierten la estrecha relación entre la nación y los símbolos —bandera, canción nacional y textos sagrados— que la representan.)

La comunidad de credo es sin embargo distinta de la tribu. Pues aquí el criterio de afiliación ha dejado de ser el parentesco, pasando a serlo el culto y la obediencia. Ahora hay una nueva prueba, artificial en cierto modo, de afiliación. Los que adoran a mis dioses y aceptan las mismas prescripcio-

nes divinas se vinculan conmigo por esa vía, aunque seamos extraños. Más aún, las comunidades de credo extienden sus reivindicaciones más allá de los vivos, tal como lo hacen las sociedades tribales. A través de nuestras oraciones, los muertos adquieren los privilegios del devoto. Pero los muertos están presentes en estas nuevas ceremonias en términos muy diferentes: ya no poseen la autoridad de los antepasados tribales; más bien son súbditos del mismo dios supremo, obteniendo su recompensa o castigo en condiciones de mayor proximidad al poder reinante. Casualmente se juntan en el gran desconocido, tal como nosotros lo haremos, una vez liberados de toda atadura terrena y unidos por la fe.

Las comunidades de credo pueden extenderse más fácilmente por sobre las relaciones de parentesco cuando poseen un texto sagrado, en el cual las verdades sobre la deidad y las exigencias que ella nos impone quedan para siempre establecidas. La existencia de un texto de esta naturaleza santifica la lengua en que está escrito: la lengua es abstraída del tiempo y del cambio, volviéndose inmemorial, como la voz de Dios. (No debiera olvidarse la etimología de “sánscrito”.) De allí que las verdaderas comunidades religiosas no sólo se resisten a los cambios en las ceremonias (que definen la experiencia de la afiliación), sino también a los cambios al texto sagrado y a la lengua empleada para escribirlo. Por este medio, el hebreo, el árabe, el latín y el inglés del rey Jacobo I fueron abstraídos de la historia e inmortalizados. La afiliación a una comunidad de credo puede muchas veces requerir de un aprendizaje de la lengua sagrada: ciertamente no se permite a ningún sacerdote ignorarla. Pero la comunidad religiosa invariablemente concede privilegios a los que hablan esa lengua como lengua vernácula, y les confiere un arma que les permite gobernar el mundo (o, al menos, la única parte del mundo que importa: el mundo de los creyentes).

La armonía inicial entre los criterios tribales y de credo relativos a la afiliación cede paso al conflicto a medida que las fuerzas rivales del amor filial y de la amistad religiosa se extienden por sobre las pequeñas comunidades. Ese conflicto es el motor de la historia del islamismo y puede ser observado en todo el Medio Oriente, donde las comunidades religiosas locales han surgido a partir de religiones monoteístas de acuerdo con la experiencia tribal de afiliación. Hay por lo menos una comunidad así —la drusa— en que la idea religiosa de afiliación ha llegado a depender de un criterio tribal. Todo hijo de druso es tenido como miembro de la secta por la sola virtud de su nacimiento y cada nuevo miembro de la secta es tenido como heredero del alma de un druso muerto. La comunidad no puede ni crecer ni mermar, porque es una eterna comunión de los no

nacidos y los muertos y cada miembro de la secta se halla simultáneamente en ambas condiciones ¡y a la vez está vivo!

En vez de distraernos con las infinitas variaciones de los dos paradigmas de la afiliación tribal y religiosa, volvamos ahora la mirada sobre el mundo moderno, en el cual estas formas pre-políticas de orden social entran en relación con los requerimientos de gobierno. Europa existió durante mucho tiempo como un tipo de comunidad de credo; aunque era una comunidad donde la soberanía había cristalizado en manos de familias individuales, cuyas reivindicaciones eran o refrendadas por el Papa o hechas valer en su contra. Pero la Cristiandad era una comunidad de credo con una diferencia: desde su comienzo en el marco del Imperio Romano internalizó algunas de las ideas del gobierno imperial; adoptó e inmortalizó, en particular, el mayor de todos los logros romanos: un sistema jurídico universal como medio para resolver los conflictos y administrar provincias distantes. Si bien el Islam también tiene su ley, es explícitamente una ley sagrada, que establece el camino hacia la salvación. Es más, deriva su autoridad exclusivamente del pasado, ya sea de la palabra de Dios tal como está registrada en el Corán, ya sea de los actos ejemplares del Profeta, recogidos en el Suná. La jurisprudencia se limita al arte de remontar una decisión hasta llegar a esas fuentes de autoridad o a algún hecho del Profeta que llenará el vacío. La ley romana, en contraste, era secular e indiferente al bienestar religioso del individuo. Era un instrumento para gobernar a los pueblos, sin consideración de sus diferencias de credo; y sus decisiones no eran validadas retrotrayéndolas a alguna fuente sagrada, sino que por principios autónomos de razonamiento judicial basados en una afirmación explícita de la ley. La ley misma podía cambiar en atención a circunstancias cambiantes; y su validez derivaba únicamente del hecho que estaba en manos del poder soberano y era aplicada a cualquier sujeto.

Ese concepto del derecho, que tendemos a asociar con la Ilustración solamente porque fue entonces reafirmado sin la incrustación de la doctrina religiosa que entretanto se había expandido a su alrededor, es tal vez la fuerza más importante en el surgimiento de las formas europeas de soberanía. Aseguró el desarrollo del derecho como una entidad independiente del dominio del soberano y el mantenimiento de una jurisprudencia universal a través de los tribunales de derecho canónico. Al mismo tiempo, cada soberano podía calificar y circunscribir el sistema jurídico universal a través de sus propias cortes, de modo que este último lentamente se ajustaba a sus reivindicaciones territoriales. De allí surgió la idea de los reinos, no como centros de poder locales, sino como jurisdicciones

territoriales, cuyos monarcas eran constreñidos por la ley, así como nombrados por ella y facultados para cambiarla en su favor. A menudo la ley era, como acontecía en Inglaterra, algo dejado al criterio de los jueces: y los principios del *common law* (incluyendo aquellos de la igualdad) han asegurado que dondequiera que prevalezca el derecho inglés, sea el derecho y no el poder ejecutivo el que tiene la última palabra en cualquier conflicto entre ambos.

Esos hechos fueron incorporados a la idea europea del Estado soberano, en que la jurisprudencia territorial ha tenido a lo menos tanta importancia como la lengua y la religión en dar forma a las adhesiones de las personas. Con el derrumbe de la comunidad de credo en Europa fueron tres las concepciones individuales de afiliación que ejercieron sus fuerzas sobre la imaginación popular a fin de generar la nueva primera persona del plural. Primero, la religión, y en particular aquellas finas diferencias de doctrina y práctica que distinguen al credo católico del protestante, a una secta de otra. (Tómese nota de que las diferencias sutiles siempre son más importantes en determinar la afiliación que las diferencias mayores, precisamente porque ellas permiten las comparaciones. El hombre cuya religión difiere de la mía por un pequeño artículo, o por un gesto apenas perceptible, no es alguien que cree en otros dioses, sino que un blasfemo contra los míos. A diferencia del hombre con otras deidades, él es automáticamente objeto de hostilidad; es el enemigo interior.) Segundo, la lengua, y especialmente las lenguas que habían logrado coronarse a través de alguna traducción modelo de los textos sagrados (por ejemplo, el inglés y el alemán) y que habían sido difundidas entre los extranjeros a través del arte de la imprenta. Tercero, la fuerza gravitatoria de las jurisdicciones territoriales, bajo las cuales se podían celebrar contratos, dirimir disputas, legalizar matrimonios e instituciones con efecto uniforme sobre un territorio continuo.

Esta tercera forma de afiliación es muchas veces olvidada. Pero debiera estar en la mente de cualquiera que desee comprender la fundación de la moderna nación británica, desde la sucesiva incorporación de jurisdicciones (y también de sistemas legales rivales) bajo una sola corona. La unión con Escocia se verificó mediante un procedimiento legal cuyos efectos no podían ser evitados una vez que Jaime IV de Escocia ascendiera al trono británico. Incluso si permanecían otras diferencias —el parentesco y la religión— y aun si la ideología de Escocia era un acicate para las intenciones separatistas: la nación británica (que en un comienzo se llamó a sí misma “imperio”) fue el resultado inevitable del proceso jurídico. Sería erróneo llamar político a este proceso, dado que el nuevo Estado resultó de

él y no lo produjo. Más aún, la autonomía de las jurisdicciones les da a ellas su propio poder de motivación.

Pero asociado a la jurisdicción territorial hay un concepto muy distinto de afiliación. La ley trata al individuo como *portador* de deberes y de derechos; reconstituye sus relaciones con el vecino en términos abstractos; muestra una preferencia por el contrato frente al status y por intereses definibles por sobre lazos inarticulados. En breve, es un gran *reformador* de la afiliación, tendiendo siempre en una dirección contractual. Afloja nuestros lazos precisamente porque los torna juzgables, y por tanto articulados. Esa es la razón por la que fuera de Europa la ley tiene tan poco efecto sobre la vida privada; y el efecto es menor cuando se avanza hacia el sur de Europa. Las disputas entre las tribus árabes suelen ser dirimidas en privado a través de actos de venganza individuales; los contratos no son en realidad contratos, sino solemnes votos de amistad, cuyo quebrantamiento se castiga con la guerra. Pocas veces la decisión de un juez es aceptada como final, a menos que a las partes les sea indiferente el resultado.

Sin embargo, no debemos pensar en la jurisdicción como un mero arreglo convencional: un tipo de acuerdo progresivo y divisible, de la especie que atraía a los pensadores del contrato social de la Ilustración. Implica un genuino “nosotros” de afiliación: no tan visceral como aquel del parentesco; no tan edificante como aquel del culto, y no tan ineludible como el de la lengua y los lazos de sangre; pero aún así, un “nosotros”. Pues, una jurisdicción deriva su validez de un pasado inmemorial, o bien de un contrato ficticio entre personas que *ya pertenecen*. En el caso inglés, nuestro sistema jurídico está revestido con la autoridad del uso dilatado; nuestros antepasados hablan tan claramente por él como lo hacen por la Biblia del Rey Jaime; y debe su autoridad al hecho que aquellos que son sus sujetos se sienten, por eso mismo, incorporados a una comunidad más allá de los vivos, en que también están representados los muertos y los por nacer.

En el caso estadounidense, en que se decidió adoptar una Constitución y establecer una jurisdicción *ab initio*, es cierto, sin embargo, que el proceso encerraría en sí la primera persona del plural. Esto se reconoce en el documento mismo: “Nosotros, el pueblo (...)”. ¿Qué pueblo? ¿Por qué *nosotros*?; nosotros que *ya pertenecemos*, hemos de ver ahora transcritos en la ley nuestros lazos históricos. En efecto, si pensamos en las diversas teorías liberales acerca del Estado, que han tratado de imaginar una sociedad compuesta íntegramente de individuos que dan libremente su consentimiento, vinculados solamente por el contrato entre ellos, descubrimos que

podemos dar sentido a la idea sólo bajo el supuesto de un “nosotros” pre-contractual de esa índole. Pues, ¿quién ha de ser incluido en el contrato? ¿Y por qué? ¿Y qué hacemos con aquel que decide no ingresar? La única respuesta es que los fundadores del nuevo orden social ya pertenecen unos y otros: ya se han “imaginado” ellos mismos como una comunidad. Ya han iniciado ese largo proceso de autorrepresentación que los faculta para determinar quién debe participar en el futuro y quién no. Es más, el contrato social tiene sentido sólo si las generaciones futuras ya están incluidas en él. Nuestro propósito es establecer una sociedad: e inmediatamente surge una red de obligaciones no-contractuales —la red de la fidelidad— que vincula a los padres con los niños y a los hijos con sus padres, y que asegura, quíerese o no, que dentro de una generación nuestra sociedad se verá llena de miembros que no votan, muertos y no nacidos, que dependerán de algo más que de un mero contrato entre los vivos si sus derechos han de ser respetados y su amor merecido. Incluso cuando surge, como en Estados Unidos, la idea de la “nacionalidad electiva”, de modo que los que llegan pueden elegir pertenecer, *lo que* es escogido no es precisamente un contrato sino un lazo de afiliación, cuyas obligaciones y privilegios trascienden cualquier cosa que pudiera estar contenida en un acuerdo revocable. (Compárese la noción de matrimonio de Hegel: comienza con el contrato, pero un contrato para sobrepasar el ámbito del contrato.)

Ahora bien, sostengo que no puede haber una sociedad sin esta experiencia no-política de la afiliación. Pues es ésta la que me capacita para considerar los intereses y necesidades de extraños como si fueran de *mi* incumbencia; que me capacita para reconocer la autoridad de las decisiones y leyes a las que debo obedecer, aun cuando no me favorezcan directamente; que me ofrece un criterio para distinguir a quienes tienen derecho a beneficiarse de los sacrificios que me exige la afiliación, de quienes son meros advenedizos. Quitemos de por medio la experiencia de la afiliación y cada hombre quedará solo; más aún, los muertos serán privados de sus franquicias y los no nacidos, que tienen por guardianes metafísicos a los muertos, se verán privados de su herencia. El mero “contrato entre los vivos” es un contrato para despilfarrar los recursos de la Tierra en beneficio de sus residentes temporales. Una sociedad fundada sobre tal principio durará, a lo más, una generación, y su destrucción será un bien moral.

Esa es, por cierto, la primera persona del plural que han tratado de re-capturar las diversas ideas nacionales, cuando los vínculos de sangre se han esfumado y la comunidad de credo ha sido usurpada por poderes

soberanos, ya sean nativos o imperiales. Y antes de evaluar el proyecto, es importante distinguir dos tipos de nación: las que han crecido bajo la égida de las jurisdicciones europeas y las que han irrumpido tras el colapso de imperios. Inglaterra, que gradualmente se convirtió en Gran Bretaña, es un ejemplo de las primeras; Nigeria un ejemplo de las segundas. Entre estos dos casos, hay muchos otros intermedios: la nación checa, por ejemplo. Todavía más, entre las naciones cuya identidad ha sido forjada por la desintegración de un imperio, debiéramos distinguir una variedad de casos: aquellas que no tenían otra identidad pre-imperial que las de las tribus o comunidades de credo que habitaban la región; aquellas que tenían una historia pre-imperial en cuanto naciones y quizás hasta de Estado nacional (como Polonia); y aquellas que gradualmente fueron adquiriendo algunos elementos de la categoría de nación como resultado de procesos de descentralización basados en premisas lingüísticas, religiosas o étnicas. Finalmente, debiéramos distinguir entre imperios basados puramente en la coerción, como el mongol o el soviético, y aquellos en que la norma era la sujeción a la ley, como los imperios Habsburgo y británico en sus últimos años. Todas estas distinciones son importantes, pues nos recuerdan que el fenómeno que conocemos como nación podría no ser un fenómeno simple, y que los diversos proyectos de los pueblos del mundo moderno de satisfacer su sentido instintivo de afiliación en una estructura política pueden no ser proyectos en una sola dirección.

Al considerar una nación como la mía, me veo inmediatamente sorprendido por un hecho notable. Si bien Inglaterra creció como parte de la comunidad religiosa de la Cristiandad, nunca (no obstante las peregrinaciones) se ha percibido a sí misma como unida a esa comunidad en el verdadero sentido de la primera persona del plural. Siempre el resto de la Cristiandad fue, en alguna medida, lo “otro”. Esto tiene algo que ver con la naturaleza de las Islas Británicas (aun cuando Inglaterra es sólo parte de ellas), tiene algo que ver con el hábito de la navegación marítima, tiene algo que ver con el clima (como decía Montesquieu) y tiene mucho que ver con la naturaleza del *common law* inglés. Nuestra Iglesia se había definido como inglesa mucho antes de la Reforma; nunca se sometió por completo al yugo de Roma ni tampoco le pareció algo antinatural a gran cantidad de ingleses la transición al anglicanismo; con todo lo horrible que fue, sin embargo, para los sacerdotes y religiosos que se mantuvieron fieles a sus votos. En realidad, la obediencia religiosa del pueblo inglés se transformó en un subproducto de la comunidad nacional. Y ese proceso ocurrió muy temprano: estaba ya en movimiento antes del desarrollo de la imprenta; se aceleró con la Reforma y creó en la Inglaterra pastoral de

comienzos del siglo XVIII una sociedad notable en que la afiliación religiosa siguió a las lealtades nacionales (y en ocasiones locales), más que viceversa.

Las fuerzas más importantes en este proceso fueron el sistema jurídico y el territorio. Los territorios isleños tienen fronteras definidas por la naturaleza; nos imponen, a través de la peligrosa aventura en los mares, la distinción palpable entre el hogar y el exterior. Nuestro clima y tiempo, y los modelos de cultivo de la tierra que ellos exigen, produjeron un paisaje único que reforzó ese sentimiento. Y la experiencia de una jurisdicción establecida, definida por el territorio, alentó desde un comienzo a los ingleses a definir sus derechos y libertades. El resultado fue una experiencia de seguridad, muy distinta a la de la tribu, pero relacionada con la sensación de que pertenecemos a este *lugar* y que nuestros antepasados y nuestros hijos pertenecen también a él. Evidentemente, el idioma común reforzó ese sentimiento: pero suponer que podríamos haber disfrutado esa herencia territorial, legal y lingüística y sin embargo habernos abstenido de convertirnos en una nación, que se representa a sí misma como con derecho a esas cosas y define incluso su religión en esos términos, es dar pie a la fantasía. De ningún modo puede la aparición de la nación inglesa, en cuanto forma de afiliación, ser considerada un producto del universalismo de la Ilustración o de la revolución industrial o de las necesidades administrativas de la burocracia moderna. Existió antes que todas esas cosas y supo convertirlas en poderosos instrumentos para su beneficio.

Esto puede ser diferente en el caso de las naciones formadas *a pesar de* las potencias imperiales. Pero debemos recordar que con todo lo precarios que puedan ser los pergaminos que componen sus títulos de legitimidad, estos invariablemente reúnen cosas antiguas y ancestrales. Aun cuando la referencia a ellos sea un mito o una “tradición inventada”, del tipo con que nos han familiarizado los historiadores, sirve al propósito de reafirmar la afiliación. La nación no es concebida, ni siquiera en estos casos, como un contrato accidental y revocable entre extraños, es un derecho heredado, una carga de deber y un llamado al sacrificio. A diferencia de un contrato, el vínculo de la afiliación es desinteresado: yo le soy *dado* a él y él a mí por el solo hecho de mi existencia. Mi deuda con la nación es una deuda de gratitud y de veneración, y el hecho que este punto nunca haya sido mejor expresado que por un poeta romano debiera recordarnos que, con todo lo trascendental que puede ser esta o aquella forma de entidad nacional, la necesidad a la que sirve es humana y universal. Benedict Anderson lo dice en forma muy acertada: “Si los historiadores, los diplomáticos, los políticos y los cientistas sociales se sienten cómodos con la

idea del “interés nacional”, para la mayoría de las personas de cualquier clase todo el asunto de la nación carece de interés. Y es justamente por esa razón que puede exigir sacrificios”.⁸

Al considerar las naciones de Europa Central, debemos tener dos cosas en mente. Primero, que realmente hay relaciones no políticas que las llevan a escindirse —diferencias idiomáticas, religiosas, de costumbres y de raza (aquí “raza” denota una *percepción*, una de tipo “intencional” más que “natural”)—; segundo, que ellas no han tenido en los últimos cincuenta años lo que alguna vez tuvieron bajo el imperio de los Habsburgo, es decir, una jurisdicción territorial basada en la ley, que permitía zanjar los conflictos sin el recurso de la violencia. El restablecimiento de una jurisdicción territorial, sin la cual no puede haber un Estado en el sentido moderno, requiere, si estoy en lo correcto, de la afirmación simultánea o anterior de una primera persona del plural. Si no existe el vínculo de la afiliación, las obligaciones para con los extranjeros no se honrarán y la ley será tenida por extraña. Pero una jurisdicción territorial requiere de territorio y el título sobre ese territorio no puede estar basado en una ley que aún debe inventarse. Debe, por tanto, estar basado en cualquier antecedente de afiliación capaz de transmitir convicción: y ese *es* el proceso mediante el cual las naciones, en estas circunstancias, se forman.

No considero que Estados Unidos sea una excepción a la idea de que las experiencias no políticas de afiliación son necesarias para el florecimiento de un Estado moderno. Lo que sin embargo resulta notable en el caso de Estados Unidos es su capacidad de acoger a nuevos miembros, una capacidad que deriva de los principios a través de los cuales “nosotros, el pueblo” alguna vez reivindicó para sí el territorio. Esta tierra es nuestra porque llegamos aquí huyendo de quienes nos perseguían. No desprecie-mos a los que llegan aquí a su turno.

Aunque Abraham Lincoln declaró que la “nación” estadounidense era distinta a otras por haber sido fundada en virtud de un “pacto”, no pretendía descartar la idea nacional, sino, por el contrario, endosarla. Los presidentes y políticos modernos hacen libre uso de esa idea y casi todos los niños son inducidos a la ciudadanía por medio de ella. El más rebelde de los periódicos norteamericanos de izquierda se llama *The Nation*, a fin de subrayar que el país tiene un interés *nacional* y no sólo político, y que la izquierda es su verdadero custodio.

Estados Unidos es sobre todo un territorio, poseído a través de una “unión” de estados. Goza de un idioma común, hábitos comunes de asocia-

⁸ Benedict Anderson, *Imagined Communities*, op. cit., p. 144.

ción, costumbres en común y una cultura judeocristiana común. Es intensamente patriota y —en su lado más saludable— está resuelto a defender sus intereses contra el mundo. Como observó Tocqueville, el proceso de asociación es hiperactivo en Estados Unidos, sus “pequeños pelotones” proliferan, sumando sus fondos de lealtad local a la lealtad mayor de la que depende el orden político. (Piénsese en los partidos de fútbol norteamericanos, con su sentido casi pindárico de que allí son immortalizados la comunidad y sus dioses.) La idea estadounidense encierra también una fuerte dimensión religiosa. A partir de las mil Iglesias norteamericanas —cristianas de forma, hebreas de contenido—, se ha desarrollado un extraño monoteísmo híbrido, y cada nueva generación es atraída hacia él por un proceso de lealtad nacional. Y esa lealtad tiene sus propios mitos históricos, sus propios “sueños”, su propio sentido misionero, su propia y poderosa autoimagen, donde la tierra estadounidense es el último refugio para los desposeídos y también el lugar de nacimiento de una empresa nueva y libre de cadenas.⁹

No digo que la lealtad nacional sea compartida por todos los norteamericanos. Pero todo el que recorra el país alejándose de las universidades (centros de no-lealtad en cualquier Estado) descubrirá un proceso de construcción de la nación que no tiene parangón en el mundo moderno. Y los que se mantienen al margen de la lealtad nacional —que atacan las tradiciones de su país y ridiculizan su cultura; que se burlan de su simplicidad, desprecian a sus líderes y rechazan su Dios; quienes, en pocas palabras, repudian el lazo de la afiliación—, ¿quiénes son ellos, en general, si no los nuevos funcionarios que buscan escribir la historia de las naciones una vez más, a fin de justificar su propio ascendiente al interior ellas?

Y esto me lleva a un punto interesante. Si bien —y si estoy en lo cierto— la experiencia de la afiliación ha sobrevivido en el mundo moderno, y la nación en sus diversas formas es lo mejor que tenemos como expresión suya, debiéramos distinguir dos formas de la primera persona del plural: el “nosotros” de la afirmación y el “nosotros” de la negación. Ninguna sociedad puede sobrevivir, sostengo, o debiera sobrevivir, si no puede generar el “nosotros” de la afirmación: la afirmación de sí misma como poseedora de un derecho a su tierra y sus instituciones, heredándolas de sus antepasados y entregándolas a las generaciones siguientes. Ese “nosotros” afirmativo no expresa un contrato entre miembros vivientes, sino precisamente el rechazo a verse limitada por el contrato. Implica una

⁹ Los dos párrafos anteriores son adaptación de mi ensayo, “In Defence of the Nation”, en *The Philosopher on Dover Beach*, *op. cit.*, pp. 323-324.

invocación a los antepasados y la progenie, tal como están implícitos en nuestros actos del presente. Este es el modo principal en que la comunidad se representa (o “imagina”) a sí misma como perdurable en el tiempo: puesto que deriva sus derechos y sus deberes de circunstancias que jamás fueron elegidas, y de lazos que son irrevocables desde hace muchas generaciones, quienes no pueden consentir su renegociación están, sin embargo, tan atados por estos como nosotros.

Pero hay un “nosotros” de la negación, que crece en la medida que se debilita el vínculo de la afiliación. Tal vez nosotros no tengamos derecho a este territorio; tal vez nuestros antepasados lograron su posesión mediante actos injustos y crueles; tal vez no hay valor alguno en las instituciones que nos legaron; tal vez la ley, la religión y la moral, tal como las conocemos, son meramente las máscaras del poder usurpador. Así se va forjando un nuevo discurso de la nación: un “discurso de la deconstrucción” en que se narra de nuevo toda la historia, ahora como la historia de un crimen. Eso es, en efecto, lo que uno encuentra en historiadores como Robert Hughes, cuya obra *The Fatal Shore* estaba destinada a despojar a los australianos del último vestigio de orgullo en su patrimonio; o en incontables textos escolares de historia en Inglaterra, que escriben únicamente acerca del imperio y del régimen de racismo y esclavitud sobre el que supuestamente descansaba. Frecuentemente esos contra-discursos son ofrecidos como reprimendas (por ejemplo, por Emmanuel Wallerstein y André Gunder Frank) y muchas veces se concluye que ahora debiéramos asignar parte de nuestros recursos, cuando no todos, para mejorar la situación de los pueblos del Tercer Mundo, los cuales, de no haber mediado nuestra explotación, serían hoy dueños de aquello que les robamos.

No quisiera fallar entre los que afirman y los que niegan; pero me gustaría destacar que el “nosotros” de la negación, tan importante en dar forma a la política de nuestros Estados nacionales más modernos, es también un “nosotros” de afiliación, que afirma relaciones de obligación y de responsabilidad entre los vivos y los muertos, nos pide llevar la carga de las transgresiones de nuestros antepasados y reconocer lazos morales que nunca contrajimos, respecto de víctimas que no fueron nuestras víctimas. La urgencia misma de descubrir nuestra identidad sumergiéndonos en una comunidad histórica que se extiende a lo largo de todas las generaciones y que, delimitada por territorio, lengua y jurisdicción forma un todo orgánico, se manifiesta por igual en quienes se mofan de la nación como en quienes aceptan voluntariamente sus demandas trascendentales.

Esto no debe sorprendernos, pues somos seres sociales, que podemos existir y comportarnos como agentes autónomos sólo porque estamos

apoyados en nuestras empresas por aquel sentimiento de seguridad primigenia que trae consigo el lazo de la sociedad. No podemos imaginar proyecto alguno ni satisfacción alguna sobre los cuales no brillen ojos ajenos. Estamos unidos a esos otros y aun cuando nos resulten extraños, también son parte nuestra. Es la necesidad imprescindible de la afiliación lo que trae a nuestra mente la idea nacional; y no habrá argumento racional que consiga expulsarla, una vez que se ha instalado. Sin ella carecemos de hogar; e incluso cuando nuestra actitud respecto del hogar es de amargo desafecto, el hogar no es menos necesario para nuestra comprensión de quiénes somos.

Pero, ¿qué debemos hacer para desterrar las amenazas belicosas que crecen al lado de esos idilios de amor y arrebatos de *ressentiment*? Si no hay un “nosotros” sin un “ellos”, ¿cómo podemos evitar la rivalidad que conduce a la guerra? Concluiré con una sugerencia.

Aquellos críticos de la nación que han visto en ella las raíces de la xenofobia y del racismo, a menudo han recriminado a las potencias imperiales de Europa su abyecto desdén por los “nativos” de sus territorios. Se ha desarrollado un cuadro —de ningún modo completamente erróneo— de déspotas europeos arrogantemente convencidos de su ancestral derecho a la soberanía, pisoteando cruelmente a pueblos que consideraban genéticamente inferiores. Pero esos mismos críticos con frecuencia son entusiastas partidarios de las “luchas de liberación nacional”, mediante las cuales pueblos colonizados intentan reafirmarse como naciones y alcanzar su independencia precisamente de esa manera. Por cierto, las nuevas naciones no son lo mismo que las antiguas, como ya he señalado. Pero responden a la misma necesidad: la necesidad de un vínculo de afiliación que se adecue a las realidades geográficas y administrativas, que permita que los muertos y los no nacidos permanezcan junto a nosotros, y que defina nuestro territorio como hogar.

Ahora bien, la argumentación es contradictoria. Si la independencia nacional es una bendición para los pueblos de Nueva Guinea y de Perú, también debe serlo para aquellos que anteriormente los oprimieron. La única pregunta es, por tanto, cómo pueden las naciones vivir unas junto a otras provistas de suficiente lealtad local y privilegios territoriales como para definirse a sí mismas, y aún así estar provistas también de procedimientos y costumbres para zanjar sus disputas a través de la negociación y no mediante la guerra. Una solución es la siguiente: el desarrollo de una sola jurisdicción, que incorpore a las jurisdicciones locales y al mismo tiempo les conceda autonomía administrativa, y el estricto mantenimiento del sistema jurídico, el que ha de aplicarse contra todos los transgresores.

Pero es poco probable, tal vez inconcebible, que dicho sistema jurídico prevalezca si no existe un poder metropolitano que asegure que la jurisdicción no se fragmentará por divisiones étnicas o religiosas. En otras palabras, tenderá al imperio en una de sus formas: en la forma que creían administrarlo los romanos y los ingleses, y que administró en Europa Central la monarquía dual de los Habsburgo. Aquellos que habiendo nacido de tales imperios se expresan ahora con el “nosotros” de la negación, denunciando a los Estados nacionales que emergieron de las ruinas, tal vez debieran pensar en cómo podríamos restaurar aquellos imperios, de modo de establecer genuinamente el imperio de la ley y una soberanía metropolitana sobre pueblos que —gracias, quizás, al legado imperial— han resultado ser incapaces de gobernarse a sí mismos. □